

San Pablo nutrió su espiritualidad atendiendo a las promesas de Dios a Abraham, Isaac y Jacob, las mismas que conformaron la fe de los israelitas. ¿Cómo se planteó él la profunda relación de Jesucristo con aquellas?

En la teología paulina:

# Cristo, el “Amén” de Dios

Antonio Bentué

Doctor en Teología, académico Pontificia Universidad Católica de Chile

Es significativo el número de buenos trabajos teológicos que ha habido inspirados en el Año Paulino. Al concluir este, pretendo aquí simplemente aportar una reflexión que recoja mi lectura de san Pablo desde una perspectiva específica: como judío fariseo, él alimentaba su espiritualidad remitiéndose a las promesas que Dios había hecho a los Padres y cuyo fiel cumplimiento esperaba todo el pueblo de Israel. Pues bien, ¿cuáles eran y en qué se fundaban esas promesas y la certeza de su cumplimiento? ¿Y cómo se planteó el mismo Pablo la profunda relación de Jesucristo con ellas?

Ordenaré, pues, estas reflexiones en dos puntos, refiriéndome primero a las promesas de Dios a los Padres y, en segundo término, al significado de su cumplimiento en Cristo, según Pablo.

## TRES PROMESAS

La experiencia religiosa fundamental del pueblo de Israel puede resumirse en la gran teofanía recogida por la tradición del *Libro del Éxodo* (Ex 34, 7), donde Dios se revela a Moisés como Amor gratuito misericordioso (Hen y Hessed) y, por lo mismo, Fiel (Emed/Amén). Ese doble atributo marca el hilo conductor de toda la Biblia, que va de las promesas que Dios hizo a los Padres en el pasado (porque es Amor misericordioso) a su cumplimiento cierto en el futuro (porque es Fiel). Estas promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob no se fundan en condiciones previas por parte de esos mismos Padres o de sus descendientes, sino únicamente en que Dios es amor gratuito.

Por lo mismo, la esperanza en el cumplimiento de lo prometido por Él tampoco depende de lo que el pueblo haga o no haga, sino de la fidelidad divina.

Es bien sabido el contenido de esas promesas, cuyo planteamiento constituye el tema fundamental del *Génesis*. Dios irrumpió en la vida de Abraham, prometiéndole tres cosas interrelacionadas: primero, la tierra de Canaán. Pero este podría poseerla solo si Dios cumplía una segunda promesa: la descendencia, por medio de la cual él poseería aquella región. Finalmente, la razón por la que Dios le manifestó ese doble compromiso a Abraham constituye el contenido de la tercera y principal promesa: la Alianza (“Yo seré tu Dios, y tú y tu descendencia serán mi pueblo”).

El núcleo de la enseñanza bíblica en todo su proceso está, precisamente, en la conciencia de que esas promesas se fundan en la gratuidad divina y no en la eficiencia operativa del pueblo. Para expresarlo claramente, ya en el inicio mismo de su planteamiento resulta que la tierra prometida a Abraham no será la que él posee (Ur), sino una en la que el patriarca no posee nada (Canaán); asimismo, la descendencia por la que poseerá esa región no será la del hijo que tuvo según sus propias posibilidades (Ismael), sino la proveniente de un hijo “imposible” (“para la risa”=Isaac) (Gn 18). Finalmente, la Alianza tampoco se hace en relación con ningún dios de la cultura caldea propia de Abraham, sino con uno “extraño” que irrumpió gratuitamente en su vida; tal como lo expresa uno de los textos más primitivos de toda la Biblia, conservado en el *Libro de Josué*: “Así dice el Señor, Dios de Israel: Vuestros antepasados, Teraj, padre de Abraham y de Najor, vivían

antiguamente en Mesopotamia y adoraban a otros dioses. Pero Yo tomé a vuestro padre Abraham de Mesopotamia...” (Js 24, 2-3).

Así, pues, la tierra prometida (Canaán) es gracia, como también lo son el descendiente prometido (Isaac) y la Alianza con que el nuevo Dios de Abraham (Jahvé) irrumpió en su vida.

Estas tres promesas sufrirán las peripecias de la historia del pueblo, tendiendo este a identificarlas con ciertos logros de radicación en la tierra de Canaán y con el afianzamiento de un grupo cada vez más contundente de descendientes de Abraham, así como con las diversas experiencias teofánicas que daban una evidencia cada vez mayor de la presencia de su Dios en medio del pueblo. Y así, este último tendía a identificar el cumplimiento de las tres promesas con el logro conseguido por su propia eficiencia guerrera, gracias a sus reyes, “olvidándose de Jahvé” (Jcs 3, 7). Y, cuando les iba mal, “blasfemaban su Nombre”, desconfiando de que Jahvé (=“Yo estoy y estaré con ustedes”) estuviera con ellos para cumplir fielmente sus promesas.

## LA REINTERPRETACIÓN

La situación más prototípica con la que los israelitas creyeron que se habían cumplido las promesas fue, sin duda, el establecimiento del Reino de Israel bajo el liderazgo de David, el nuevo rey-mesías. Con él, de hecho, la tierra de Canaán se convirtió en un Reino que cubría toda la tierra de Canaán, “de Dan hasta Bersheba” (2 S 24, 2). Asimismo, la descendencia estaba también asegurada con



Caravaggio, *La conversión de san Pablo*, 1600

los innumerables israelitas que la constituían y, particularmente, gracias al “descendiente mesiánico”, David y la dinastía que lo sucedería (1 R 9, 5). Finalmente, la Alianza parecía definitivamente sellada con la construcción del “lugar de la Alianza”, el Templo de Jerusalén, llevada a cabo por Salomón.

Desde entonces, el logro conseguido en ese período de la gran monarquía davídica se convirtió en la época soñada del pleno cumplimiento de las promesas, prototipo constante del futuro “reino mesiánico” esperado. Por lo mismo, la mayor crisis, también prototípica, del derrumbe de las promesas fue el fin del

Las promesas hechas por Dios a los Padres llegan a su pleno cumplimiento, no de acuerdo a las expectativas humanas o como resultado de los esfuerzos propios por lograrlas, sino por la fidelidad gratuita de Dios.



Tintoretto, *Moisés recibiendo las tablas de la ley*, 1560

Reino de Judá y el exilio de los judíos a Babilonia, que duraría casi medio siglo (587-538). Después de haberlo tenido todo cumplido, se encontraban ahora ahí sin la tierra, esclavizados en una región extranjera, con una descendencia reducida al mínimo y con su último rey, Joaquín, preso y sin ojos, en la mazmorra babilónica. Por si fuera poco, con el “lugar de la Alianza”, el Templo de Jerusalén, destruido. ¿Por qué había ocurrido eso? ¿Es que Dios se había arrepentido de las promesas hechas y ya no quería ser fiel a ellas?

No, Dios seguía siempre fiel a lo que gratuitamente había prometido. La culpa del fracaso correspondía a la infidelidad del pueblo, particularmente de sus líderes, por no haber cumplido las cláusulas de la Alianza... En ese contexto surgió la institución

rabínica y sinagoga. Surgieron ahí los Maestros de la Ley (rabinos) que se encargarían de asegurar ese cumplimiento estricto por parte del pueblo, comenzando a funcionar en Babilonia las sinagogas como lugar de reunión de los judíos allí deportados.

Para el judaísmo rabínico, el contenido de las tres promesas seguía siendo el mismo de siempre: la tierra entera del antiguo Canaán, la descendencia genética de Abraham —con su signo de pertenencia que era la circuncisión—, el descendiente mesiánico “hijo de David” —que Dios suscitaría de nuevo por mano de un nuevo precursor, como lo había hecho anteriormente ungiendo a David por mano de Samuel—, y el Templo de Jerusalén que sería reconstruido como el lugar de la Alianza prometida.

Sin embargo, la situación del exilio suscitó un movimiento de espiritualidad que alimentaba su nueva perspectiva en la predicación profética protagonizada por Jeremías, Ezequiel y el segundo Isaías, en ese mismo contexto de estar lejos de la propia tierra. Esta nueva espiritualidad interiorizaba el contenido de las promesas. Y es en ese ámbito “interiorizador” donde alimentaría su propia espiritualidad el judío Jesús. Para él, la Tierra sería el nuevo Reino de Dios, tal como lo caracterizan las parábolas; los descendientes se identificarían con todos los hombres y mujeres de buena voluntad que acogiesen su mensaje (leprosos, pobres pescadores, cananea, centurión romano, samaritana...). Y experimentaría su propio “mesianismo” en la línea del “siervo sufriente” de Isaías (*cf.* Lc 24, 25-26; *cf.* Is 53). Al tiempo, quedaría radicalmente relativizado el templo de Jerusalén como “lugar de la Alianza” (Jn 4, 21-24), siendo este desde ahora el “corazón” de la gente.

Los discípulos de Jesús esperaban también el cumplimiento de las Promesas a los Padres, según las entendía el judaísmo rabínico oficial, hasta que la experiencia de la resurrección de Cristo les permitió comprender a fondo el verdadero significado de estas, pues no las habían comprendido mientras él vivía entre ellos. Y con los nuevos ojos dados por el Espíritu de Pentecostés, a la luz del Resucitado, comenzaron a anunciar el cumplimiento de las promesas reinterpretadas. Fue así como toparon con el Sanedrín y con la interpretación rabínica oficial. Y en ese choque estuvo también Saulo, tal como él mismo lo confiesa una vez producida su repentina transformación a la línea interpretativa que antes había perseguido:

“Habéis oído, sin duda, hablar de mi antigua conducta en el judaísmo: con qué furia perseguía yo a la Iglesia de Dios, intentando destrozarla. Incluso aventajaba dentro del judaísmo a muchos compatriotas de mi edad, como fanático partidario de las tradiciones de mis antepasados” (Ga 1, 13-14).

## “EN JESUCRISTO TODO HA SIDO UN SÍ”

Aquella reinterpretación de las promesas de Dios a los Padres, que el fariseo Saulo había perseguido por considerarla blasfema, se le hizo evidente a este a partir de su experiencia hecha en el camino a Damasco y largamente rumiada durante los tres años de “retiro” a solas en Arabia (Ga 1, 16-18). Ahora veía su

cumplimiento definitivo realizado en el significado salvífico de la persona de Jesucristo:

“En Jesucristo todo ha sido un *Sí*; pues todas las promesas se han cumplido en Él. Por eso el *amén* con que glorificamos a Dios lo decimos por medio de Él” (2 Cor 1, 20).

Cristo era el “amén” de todas las promesas de Dios a los Padres; es decir, la tierra, la descendencia, con el descendiente mesiánico, y la Alianza. Veamos, pues, cómo Pablo muestra ese cumplimiento fiel de cada una de las promesas divinas, en Jesucristo.

## CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA DE LA TIERRA

La *Carta a los Romanos* constituye, sin duda, el documento más importante para la reinterpretación paulina de la tierra, o “herencia”, prometida. Y lo explicita de esta manera:

“Cuando Dios prometió a Abraham y a su descendencia que heredarían el mundo, no vinculó la promesa a la ley, sino a la fuerza salvadora de la fe. Ahora bien, si los herederos fueran tales en virtud de la ley, entonces la fe resultaría ineficaz y vana la promesa... Por eso la herencia depende de la fe, es pura gracia, de modo que la promesa se mantenga segura para toda la descendencia de Abraham” (Rm 4, 13 y 16).

Esta herencia prometida, consistente en la posesión de la antigua tierra de Canaán, convertida después en el Reino de Israel, era sobrepasada con creces al identificarse con la participación en la realidad misma de Dios, la Vida eterna. Pablo hace esa reinterpretación a partir de la tradición mítica de los capítulos del *Génesis* referentes a Adán en el Paraíso. En el momento en que Adán, prototipo del pueblo y de la humanidad, pretendió convertir la “tierra” prometida gratuitamente por Dios (el Paraíso) en un logro propio (“ser como Dios”), se vio “al desnudo”, expulsado “fuera de la tierra”:

“Así, pues, por un hombre (Adán) entró el pecado en el mundo y con el pecado, la muerte. Y como todos los hombres pecaron (en Adán), a todos alcanzó la muerte” (Rm 5, 12).

El cumplimiento de la promesa de la tierra no se funda, entonces, en la pretensión autónoma que confunde lo que promete Dios con el logro de las propias expectativas, sino que se debe exclusivamente al designio gratuito de Dios, al cual Él es y será siempre fiel:

“Pues así como por el delito de uno solo (la pretensión de ser como Dios, Gn 3, 4-5) la muerte inauguró su reinado universal, mucho más por obra de uno solo, Jesucristo, vivirán y reinarán los que acogen la sobreabundancia de la gracia y el don de salvación” (Rm 5, 17).

“En efecto, el salario del pecado es la muerte, mientras que Dios nos ofrece como don la vida eterna por medio de Cristo, nuestro Señor” (Rm 6, 23).

Pablo, pues, identifica la vida eterna con el Paraíso prometido por Dios, tal como aparece descrito en la primera escena del *Génesis*, con Adán y Eva compartiendo como heredad propia la misma habitación divina, en perfecta armonía cósmica, perdida

a partir del momento en que el hombre cae en la pretensión de poseerla como resultado de su propia autonomía. Pero Pablo va más allá y proyecta el cumplimiento de la promesa de la tierra al cosmos entero, ya que “Dios prometió a Abraham y a su descendencia que heredarían el mundo” (Rm 4,13). Es por eso que “la creación misma espera anhelante que se manifieste lo que serán los hijos de Dios. Condenada al fracaso, no por su propia voluntad, sino por aquel que así lo dispuso (Adán), la creación entera vive en la esperanza de ser también ella liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Rm 8, 19-21).

## CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA DE LA DESCENDENCIA

El aspecto más conflictivo de la reinterpretación paulina de las promesas es, sin duda, el de la descendencia. Es también el que implicó una transformación mayor de la mentalidad previa del fariseo Saulo, según la cual Dios había prometido aquella herencia a los descendientes marcados con el código genético de Abraham y con el signo de pertenencia de la circuncisión. Esa herencia no correspondía, pues, a las naciones, a no ser que se judaizaran asumiendo las cláusulas de la *Torah* establecidas por Dios como condición para formar parte de su pueblo elegido.

Pero ahora Pablo había comprendido que “el verdadero judío lo es por dentro y la genuina circuncisión es la del corazón” (Rm 2, 29).

“Ahora, con independencia de la Ley, se ha manifestado la fuerza salvadora de Dios... que, por medio de la fe en Jesucristo, alcanzará a todos los que crean. Y no hay distinción: todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios; pero ahora Dios los salva a todos gratuitamente por su bondad, en virtud de la redención de Cristo Jesús” (Rm 3, 21-24).

Pero así como la pertenencia a la etnia de Abraham y el cumplimiento de las normas de la *Torah* judía no garantizan pertenecer a la verdadera descendencia, tampoco lo asegura el mero hecho de pertenecer a la estirpe de Adán. Y Pablo hace un diagnóstico antropológico radicalmente pesimista, incluso para quienes hayan conocido la *Torah*:

“Pues, aunque la ley pertenezca a la esfera del espíritu, yo soy un hombre acosado por apetitos desordenados y vendido al poder del pecado. Y no acabo de comprender mi conducta, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. Pero si hago lo que aborrezco, estoy reconociendo que la ley es buena y que no soy yo quien lo hace, sino la fuerza del pecado que obra en mí. Y sé muy bien que no hay en mí—es decir, en mis miembros— cosa buena. En efecto, el querer el bien está a mi alcance, pero no el hacerlo. Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y si hago el mal que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino la fuerza del pecado que actúa en mí. Así que descubro la existencia de

Dios se revela a Moisés como Amor gratuito misericordioso y, por lo mismo, Fiel.

Para Jesús, la Tierra sería el nuevo Reino de Dios, tal como lo caracterizan las parábolas; los descendientes se identificarían con todos los hombres y mujeres de buena voluntad que acogiesen su mensaje.

esta ley: cuando quiero hacer el bien, se me impone el mal. En mi interior me complazco en la ley de Dios, pero experimento otra ley que lucha contra el dictado de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mí. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Rm 7, 14-24).

Este texto constituye un himno notable a la universalidad de la “descendencia”, contra toda interpretación puritana que pretendiera excluir de ella a los “débiles” al condicionar las promesas a la eficiencia “voluntarista” de los “fuertes”. En esa debilidad se encuentra incluido todo ser humano en su fragilidad adámica hecha del “barro” (=Adamah) de carne y hueso.

Pablo ve en ello llevada al extremo la fidelidad de Dios realizada en Jesucristo:

“¡Tendré que agradecerse a Dios por medio de Jesucristo!... Ya no pesa, por tanto, condenación alguna sobre los que viven en Cristo Jesús... Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?... Por eso estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquiera otra criatura, podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rm 7, 25-8, 31ss).

Pero ese amor gratuito de Dios que lo lleva al cumplimiento fiel de sus promesas, ¿es para todos?

Llevado por el impacto de la ruptura del narcisismo judío, al quedar abierta la descendencia de Abraham a judíos y gentiles por igual, Pablo argumenta así a favor del designio gratuito de Dios:

“Sucede que no todos los que descienden de Israel son verdaderos israelitas... Con otras palabras, no son los nacidos por generación natural los verdaderos hijos de Dios, sino los nacidos en virtud de la promesa; esos son la verdadera descendencia... ¿Qué diremos, pues? ¿Que Dios actúa injustamente? ¡De ninguna manera! Dios mismo dijo a Moisés: *Tendré misericordia de quien quiera y me apiadaré de quien me plazca*. No es, pues, cosa del que quiere o del que se afana, sino de Dios que es misericordioso... Así, pues, Dios muestra su misericordia a quien quiere y deja endurecerse a quien le place” (Rm 9, 6-18).

De esta manera, el argumento paulino, que inicialmente se refería a la libertad de Dios para incluir en la descendencia prometida a quienes Él quiera (no solo judíos, sino también gentiles), se desliza hacia un concepto general de libre y selectiva “predestinación”, alegando:

“Y quién eres tú, pobre hombre, para exigir cuentas a Dios? ¿Es que un vaso de barro puede decir al que lo ha modelado: ¿Por qué me has hecho así? ¿O es que el alfarero no puede hacer del mismo barro tanto un vaso de lujo como uno ordinario?” (Rm 9, 20-21).

Fundado en este pasaje paulino, posteriormente san Agustín, en alguno de sus escritos, argumentará a favor de la doble “predestinación”. Sin embargo, la intención de Pablo en ese texto es otra y vuelve a quedar clara en su misma conclusión:

“¿Qué concluir de esto? Pues que los paganos, que no se esforzaban en buscar la salvación, recibieron esa salvación a la que se llega por medio de la fe. Israel, en cambio, afanándose por cumplir una ley que debía llevar a la salvación, ni siquiera cumplió la ley. ¿Sabéis por qué? Pues porque, al prescindir de la fe y apoyarse en sus obras, tropezaron en aquella piedra puesta como prueba, según dice la Escritura: *Mirad que pongo en Sión una piedra en la que podéis tropezar...* Pero el que ponga en ella su confianza, no quedará defraudado. Hermanos, deseo de todo corazón, y así se lo pido a Dios, que los israelitas alcancen la salvación... No se dan cuenta de que la ley tiene su cumplimiento en Cristo, por quien Dios concede la salvación a todo el que cree” (Rm 9, 30-10, 4).

Para Pablo, esa “piedra de escándalo” a oídos judíos es lo más sorprendente del designio divino revelado en Cristo, tal como lo escribirá a los gentiles cristianos de Galacia:

“Ya no hay distinción entre judío o no judío... Y si sois de Cristo, sois también descendencia de Abraham, herederos según la promesa” (Ga 3, 28-29).

Y fue tal el impacto que esa “novedad” tuvo para el ex-fariseo Pablo, que le dio el calificativo de misterio:

“Al Dios que ha revelado el misterio mantenido en secreto desde la eternidad, pero manifestado ahora por mediación de las escrituras proféticas según la disposición del Dios eterno, y dado a conocer a todas las naciones de modo que respondan a la fe...” (Rm 16, 25-26).

Y ese mismo sentido del misterio lo explicita aún más en las cartas a los Efesios y a los Colosenses:

“Os supongo enterados de la misión que Dios me ha confiado con respecto a vosotros: se trata del misterio que se me dio a conocer por revelación y sobre el que os he escrito brevemente. Por su lectura podréis comprobar el conocimiento que yo tengo del misterio de Cristo; un misterio que no fue dado a conocer a los hombres (judíos) de otras generaciones y que ahora ha sido revelado por medio del Espíritu a sus santos apóstoles y profetas; un misterio que consiste en que todos los pueblos comparten la misma herencia, son miembros de un mismo cuerpo y participan de la misma promesa realizada en Cristo Jesús” (Ef 3, 2-6; cf. Col 1, 26-27).

## CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA DEL DESCENDIENTE MESIÁNICO

Ahora bien, ese misterio de pertenencia universal a la descendencia prometida, por medio de la fe en Jesucristo, se ha realizado no según el modelo mesiánico del poder davídico, sino según el modelo solidario del siervo sufriente “por cuya entrega en lugar de los pecadores tendrá descendencia, prolongará sus días y por medio de él tendrán éxito los planes del Señor” (Is

53, 10). Nunca el judaísmo había considerado como “mesianico” ese texto de Isaías, sino que ese “sufriente” era el prototipo de un “justo” probado por Dios, tal como lo sería también el justo Job, a quien por ello finalmente Dios, una vez superada su tentación, bendijo incrementando aún más sus bienes. Pero el verdadero Justo, el Mesías, debía ser vencedor en este mundo y no derrotado. Es por eso que un “crucificado” no podía de ninguna manera ser el Justo Mesías, “bendito de Dios”, puesto que, tal como lo declara el *Libro del Deuteronomio*: “Es maldito de Dios el que cuelga del madero” (Dt 21, 23).

Ahí radica la otra novedad “misteriosa” para el ex-fariseo Pablo, cuyo descubrimiento lo transformó, de perseguidor, en el principal promotor de la causa de Jesús. Tal como lo expresa en su carta a los Gálatas:

“Pero Cristo nos ha liberado de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros maldición, pues dice la Escritura: *Maldito de Dios todo el que cuelga de un madero*. De esta manera, la bendición de Abraham alcanzará a los paganos por medio de Cristo Jesús, y nosotros, por medio de la fe, recibiremos el Espíritu prometido... Y las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia. No se dice: *Y a tus descendientes, como si fueran muchos*, sino *y a tu descendencia*, refiriéndose a uno solo, es decir, a Cristo” (Gá 3, 13-16).

Ese impacto del mesianismo de Jesús en la línea del “siervo sufriente”, crucificado como “maldito de Dios”, llevó a la primera formulación cristológica del querigma, tal como la consignó uno de los textos más primitivos del cristianismo y que Pablo cita,

precisamente, para corregir tendencias de “poder eclesiástico” que se insinuaban en la comunidad de Filipos. Pablo les recuerda el verdadero tipo de descendiente mesianico revelado en Jesús:

“Tengan, pues, los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se vació a sí mismo de su grandeza, tomando la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó...” (Fil 2, 5-9).

El “descendiente”, por medio del cual Dios cumplirá la promesa de la descendencia hecha a los Padres, no es de ningún tipo de “poder”, sino de vaciamiento (“kénosis”) del propio poder para hacerse solidario con los hombres en su situación más marginada, como lo era la del “maldito” condenado a la crucifixión.

## CUMPLIMIENTO DE LA ALIANZA PROMETIDA

Pablo interpreta el sentido de esta última promesa, la más determinante, en la línea de la “nueva Alianza” anticipada por Jeremías y Ezequiel. El lugar de esa Alianza ya no es el Templo de Jerusalén, como sacralización de la *Torah*, sino que desde ahora la Alianza prometida la cumplirá el mismo Espíritu de Dios:

Cosimo Rosselli, *Sermón en el monte*, 1481



“Dios que nos ha capacitado para ser ministros de una alianza nueva, basada no en la letra de la ley, sino en la fuerza del Espíritu; porque la letra mata, mientras que el Espíritu da vida” (2 Cor 3,6).

De esta manera, el verdadero “lugar de la Alianza”, el nuevo templo de Dios, es el corazón del hombre:

“Porque nosotros somos templos de Dios vivo, como dijo el mismo Dios: *Habitare y caminaré en medio de ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo... Yo seré vuestro Padre y vosotros seréis mis hijos y mis hijas*. Y ya que tenemos estas promesas, queridos míos, purifiquémonos de todo lo que mancha el cuerpo o el espíritu, y llevemos hasta el fin nuestra consagración, viviendo en el temor de Dios” (2 Cor 6, 16 - 7, 1).

Pablo descubre la profundidad de esa “nueva Alianza” realizada por el Espíritu mismo de Dios, presente en la conciencia libre de todos los creyentes. Y, para expresarla, coloca en la boca de estos la misma palabra aramea con que Jesús se había dirigido a Dios, como su Padre: *Abbá* (Mc 14, 36):

“Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues bien, vosotros no habéis recibido un Espíritu que os haga esclavos de nuevo bajo el temor (de la ley), sino que habéis recibido un Espíritu que os hace hijos adoptivos y os permite clamar: ¡*Abbá!*, es decir, ¡Padre! Ese mismo Espíritu se une al nuestro para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos también somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Rm 8, 14-17).

Y retoma esa misma experiencia inefable en su carta a los Gálatas:

“Cuando llegó la plenitud de los tiempos (=el cumplimiento definitivo de las promesas), Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley, para liberarnos de la sujeción a la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios. Y la prueba de que sois hijos es que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡*Abbá!*, es decir ¡Padre! De suerte que ya no eres siervo, sino hijo y, como hijo, también heredero (de las promesas) por gracia de Dios” (Gá 4, 4-7).

Obviamente, esta inaudita realidad, vivida en la fe, no elimina para nada los condicionamientos de la estructura psicológica del hombre creyente, incapaz como tal de acceder a la

trascendencia propia de la naturaleza divina y, por lo mismo, de la participación adoptiva en ella. Por eso Pablo profundiza

en la dimensión propiamente “teológica” del “don de la fe”, que trasciende los condicionamientos en que se mueven la conciencia y la libertad humana con sus decisiones autónomas y sus esfuerzos por conectarse con lo divino: “Y es el mismo Espíritu (de Dios) quien viene en ayuda

de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido; el mismo Espíritu es quien intercede por nosotros con gemidos inefables. Y Dios, que examina los corazones, conoce el sentir de ese Espíritu que intercede por los creyentes según su voluntad” (Rm 8, 26-27).

La presencia del Espíritu en el corazón humano permite al hombre trascender su propia decisión creyente, al hacer que siendo esta suya, sea infinitamente más que suya, por la presencia del Espíritu mismo de Dios en el corazón de la espiritualidad humana; presencia que la teología paulina denomina propiamente Gracia. El término griego habitual para expresarla es *Jaris*, que el Antiguo Testamento emplea para expresar la substancia misma de Dios, su Espíritu, que es “amor gratuito”<sup>1</sup>. Y es precisamente ese término, cargado de profundidad teológica, el que Pablo emplea en el inicio de todas sus cartas: “Gracia (*Jaris*) y paz”<sup>2</sup>. Y en todas ellas<sup>3</sup> concluye también con esa expresión: “La Gracia (*Jaris*), o la Gracia de Jesucristo, esté con ustedes”. Lo que Dios es por propia naturaleza le es dado al hombre por Gracia.

De esta manera, el sentido de la promesa de la Alianza hecha por Dios a los Padres llega a una profundidad inaudita que va infinitamente más allá de toda expectativa, “pues lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar que Dios podía tener preparado para los que lo aman, eso es lo que nos ha revelado Dios por medio de su Espíritu. El Espíritu, en efecto, lo escudriña todo, incluso las profundidades de Dios” (1 Cor 2, 9-10).

Así, pues, las promesas hechas por Dios a los Padres llegan a su pleno cumplimiento, no de acuerdo a las expectativas humanas o como resultado de los esfuerzos propios por lograrlas, sino por la fidelidad gratuita de Dios, llevada a término en Jesucristo, el Amén de Dios. Y, “aún cuando nosotros seamos in fieles, Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo” (que es Amor gratuito) (2 Tm 2, 13). **MSJ**

<sup>1</sup> Cf., al respecto, Bonnetain, en su análisis del término “Grâce”, en el *Suplemento del Diccionario de la Biblia* (DBS).

<sup>2</sup> En las dos cartas a Timoteo añade además el atributo divino de “misericordia”. Únicamente en la carta no paulina a los Hebreos falta ese inicio, aunque está también al final.

<sup>3</sup> Excepto en *Romanos*, donde es sustituida por una gran Doxología en honor al “misterio” eterno ahora revelado en Jesucristo, que es precisamente lo que está también bajo el concepto teológico de “Gracia”. Con esa misma expresión culmina también el libro del *Apocalipsis*: “Que la Gracia (*Jaris*) de Jesús, el Señor, esté con todos” (Ap 22, 21). Ese libro identifica también la Alianza prometida con la participación en la misma vida divina. Y así, el vidente expresa que, en la nueva Jerusalén: “Ya no vi templo alguno, puesto que el Señor Dios todopoderoso es su templo” (Ap 21, 22). “Este es el tabernáculo de Dios con los hombres y, desde ahora, habitará con ellos; ellos serán su pueblo y el mismo Dios-con-ellos será su Dios” (Ap 21, 3)...” y quien salga vencedor poseerá estas cosas en herencia: Yo seré Dios para él, y él será para mí un hijo” (A. 21, 7). De esta manera Jesús es, también para el *Apocalipsis*, el Amén, el testimonio fiel (Ap 3,14).